

Pero desde que tuvo origen la revolucion eminentemente popular de Ayutla, se pudo comprender que iba á darse la batalla definitiva, la mas terrible, larga y sangrienta de las batallas entre el partido democrático y el clerical, entre el progreso y el oscurantismo, entre la razon y la fuerza; batalla que iba á decidir para siempre de la suerte de la patria, duelo á muerte del que no debia salir sino uno solo de los dos campeones.

Así fué, en efecto. A la *Constitucion de 57* que venia á arrebatarse á las clases privilegiadas sus fueros aborrecidos, á la *Ley de desamortizacion* que venia á quitar de manos del clero el arma poderosa del oro, el partido clerical respondió con el *Plan de Tacubaya* y con los mil patíbulos que alzó en la extension de la República, creyendo en su insensato delirio que podria ahogar en sangre las ideas de libertad.

Pero triunfaron al fin estas y el pueblo replicó á tanto crimen, á tanta cobardía y á la barbarie inaudita que habia desplegado la faccion clerical, con las inmortales leyes de Reforma, que bastarian ellas solas para enaltecer á los ojos del mundo al gobierno de Juarez, si no tuviera mas gloriosos títulos con que envanecerse. Las leyes de Reforma eran la expresion mas neta del espíritu esencialmente progresista del siglo XIX, eran pasos gigantescos que nos hacian llegar á la altura en que se hallaban en Economía, en Política y en Administracion las naciones mas civilizadas: eran conquistas prácticas de duracion eterna y que el espíritu del retroceso iba á ser impotente para destruir.

Enarbolando la bandera de la Reforma, el gobierno constitucional entró victorioso en México, despues de vencer en cien combates á las legiones mercenarias del partido clerical. Pero este desesperado, rabioso en su despecho, impotente para reconquistar por sí mismo su antigua dominacion, apeló al último recurso, al infame, al execrando, al que le impuso una mancha eterna que le hará condenar por la historia y despreciar de las generaciones venideras—á la traicion á la patria.

¡Vender al extranjero la patria! Esto solo pudo hacerlo en su sed insensata de venganza,

ese partido acostumbrado á vivir de la superchería y del embrutecimiento, ese partido que santifica el asesinato y la hoguera, ese partido que habia odiado siempre la independencia y para el que la patria es una palabra vana, el partido clerical, en fin, cuyos corifeos fueron á pedir de rodillas al despotista frances que viniese á arrebatarse á México su soberanía y sus libertades.

Hé aquí, pues, su gran golpe, su última palabra, su esfuerzo mas inaudito y que debia acabar para siempre con su aliento y con su vigor. Despues de la intervencion extranjera, el mismo partido lo decia, no habria ya remedio—ó se vencia para siempre ó para siempre se perdia.

Pero esa vez, como las otras, Dios fué propicio á la causa de la justicia. El gran partido liberal, como Anteo, no caia sino para recobrar mayor fuerza, y la invasion de los franceses y el establecimiento del imperio efímero de Maximiliano, no sirvieron sino para hacer que el pueblo mexicano tuviese la conciencia de su fuerza incontrastable.

Así, pues, la victoria definitiva habia sido para la Democracia. El partido clerical, al fin de la gran batalla de diez y siete años quedó vencido, aniquilado y sin esperanza de volver mas á la arena.

México se hace respetar de las naciones: el sistema democrático echa hondas raíces en el pueblo, el principio de autoridad se conquista, la simpatía popular es la savia que hace vivir y crecer el árbol magnífico de la Reforma, el gobierno general cuenta con el apoyo de la nacion, la paz se restablece merced al buen sentido del país, y el progreso material y moral avanza rápidamente á pesar de los obstáculos que una larga guerra y las pasiones han puesto en su camino.

¡Y en estos momentos de victoria, de adelanto, es cuando el cadáver del partido clerical se remueve y se agita en su sepulcro de hierro!

El partido clerical es ingrato siempre y no escarmienta, ni aprende nada. Nacido y educado en las tinieblas, no pudiendo comprender la luz, la niega y la maldice.

Amamantado á los pechos de la tiranía, no pudiendo desarmar la mano de la libertad, la muerde llorando de despecho.